

FERNANDA GARCÍA LAO

SULFURO



emecé

Fernanda García Lao

Sulfuro



emecé
cruz del sur

EL ESCRIBANO, LOS CHICOS, LA INSULSA MALPEINADA DE LA VUELTA

Te mudaste hace unos días y ya te molestan los sapos. La idea de que existan. Por eso, luces prendidas toda la noche. Estás en la casa de las dos piletas, tan sucias como inodoros públicos. Las hojas y las flores pudren rápido el agua. No te convence la casa, en realidad. Ya empezaste a percibir el olor. Un barrio bien, con chalés y garitas, jardineros y servicio de limpieza, no puede apestar así. El escribano no lo percibe. Los chicos tampoco. Fuiste a consultar a una vecina, la insulsa malpeinada de la vuelta, que también te lo negó. El jardín está adelante y, sin embargo, el aire huele raro.

¿Vendrá del cementerio? Parece que sos la única sensible a los efluvios que emanan de ese paredón, justo ahí, frente a ustedes.

LA PERRA, EL ESCRIBANO, LOS CHICOS

La puerta de la casa es de vidrio, te parece que cualquiera te verá pasar en camión. A vos y a la perra. Vos en camión, la perra desnuda. Ella es más cara, hija de campeones. Te sigue por toda la casa, se mete en las piletas, rompe las bolsas de basura. La perra fina maleducada y hambrienta, porque nunca tiene comida y detesta el arroz. Vos también en ayunas. Te subís al auto con el estómago vacío y el tanque lleno, para huir de la casa, la perra, el escribano, los chicos, el olor.

En la autopista, el pelo mojado se va secando por el camino, la ventanilla baja a pesar del miedo. La velocidad te sugiere subirla. Un pedazo de chasis suelto, un resto de neumático, y el impacto en el ojo te lo dejaría abierto para siem-

pre. Pero ese temor es lo único que te pasa. Para qué cuidarse.

De regreso, embocar rápido el auto en la cochera, que el escribano no te vea, que no te diga ¿otra vez? con ese tono gangoso que se repite cada tanto. Grita mucho para que todos oigan. Disfruta dejándote en evidencia.

Al guardar el auto, el espejito de la derecha se raya contra el portón. Eso te altera y, en lugar de frenar, vas contra las bicicletas, los canastos.

Aún no sacaste tu ropa de invierno, las sope-
ras, tu colección de revistas. Te quedás mirando el desastre. El espejo cuelga como un limón maduro de una rama delgada. Igual que los brazos tuyos, que duelen cuando el escribano aprieta de más. El hielo no sirve. Si te monta, tira de tus muñecas hacia atrás para inmovilizarte, como si temiera que te des a la fuga. Y lame también tus orejas, o la parte de atrás de los codos, igual que la perra cuando repasa los platos del almuerzo. La lengua rosada, las patitas en punta, como una bailarina angurrienta.

El baboseo del escribano te deja sorda cada noche. Pero lo que más te molesta es su hedor.

Sólo en el aliento hay una mezcla de siete despojos. No sabe masticar, se le acumulan los procesos, se le superponen.

Ya estás por bajar del auto cuando suena la alarma que dice Chicos y no estás donde debieras. Los olvidaste en el colegio. Marcha atrás, se golpea el otro espejo. Pero no importa. Hay que salir, activar el portón, no chocar. Organizarse.

La perra aprovecha la ocasión para fugar. Ya corre enloquecida junto al paredón, trepada a los canastos igual que una equilibrista. Pasás de largo, como si no la conocieras, mientras mastica sin piedad un algodón usado.

EL ESCRIBANO, LOS CHICOS, TU PAPÁ

La primera vez que lo viste no te gustó. Tenía la mirada lánguida, los pómulos sanguíneos en exceso. El pelo ensortijado. Pero sonreía el escribano, con una dentadura casi perfecta. Lo imaginaste mordiendo la parte trasera de tu cuerpo como un diablo sin usar. Su mandíbula en tus nalgas.

Después de firmar los papeles de tu dúplex, te invitó a cenar junto al río. Dijiste que sí, era más fácil que negarse. Fueron en su camioneta, le gustaba presumir. Al llegar, una cola inmensa de gente como ustedes. Parejitas sin estrenar, con distancia.

Pensaste que el lugar tenía demasiada madera, el agua del río rozaba la costa en un gesto indecente. Las mesas de afuera eran las más requeridas, veinte minutos de demora. Por eso dijis-

te: sólo un brindis corto, para festejar la escritura de mi dúplex.

Y se sentaron adentro, lejos de la ventana. Le mirabas los rulos mientras aspirabas tu trago, una mezcla de color oscuro. Su frente parecía habitada por moluscos que reptaban sobre sí mismos en meneos ondulantes. La transpiración provocada por el encierro y la humedad del río habían ablandado el fijador.

Viste surcos de baba cayendo por sus sienas.

Te habló del futuro, se refería a ascender socialmente. Estaba listo para trepar y quería hacerlo con alguien. Alguien como vos, de buen pasar. Dueña de algo. Un dúplex.

Algunos tragos después, dijo que era viudo, padre de dos chiquitos. Así los llamó. Chiquitos. Y vos, que ya estabas mareada, confesaste que no podías tener. Sus pupilas brillaron, no le diste importancia. Pero cuando dijiste sin pensar que era tarde, él sonrió y se pasó la lengua por los labios.

Nunca es tarde, dijo, y pidió la cuenta.

Del brazo, caminaron al estacionamiento. El mundo parecía de plastilina. Así de blando. Te dejó en el dúplex, los papeles en regla, y te besó

con los ojos abiertos. Lamiste sin querer sus paletas.

Y te bajaste a tiempo para vomitar sin que te viera. Él también parecía ebrio. Temiste que muriera incrustado contra las enredaderas de Colectora, bajada Ugarte. Soñaste con sus rulos chorreando sangre, aunque estabas despierta.

Tu papá reía sin motivo aparente en el sillón del patio.

TU PAPÁ, TU MAMÁ, DIOS, EL ESPÍRITU SANTO

De chica te intrigaban dos cosas. Por un lado, la idea del yo. Si digo yo, a qué me refiero. Por qué todos lo dicen de sí mismos.

Cada disciplina tiene una explicación para ese asunto, decía tu papá. Pero te lo hago simple, hay gente que no se anima a decir yo, que prefiere la distancia. Como yo. Nunca hablo de mí mismo. Pero lo acabás de hacer, papá. A ver, si me preguntan cualquier cosa, enseguida respondo: y vos qué pensás. Es una forma de borrar me. Eso no es cierto, le dijiste. El yo de mamá para vos no existe. Y el mío tampoco, porque me parezco a ella. No te equivoques, hija. De tu mamá, por suerte, no heredaste nada. El tiempo me dará la razón, sos

carne de mi carne. Nosotros no abusamos del yo. Somos siempre el otro.

El Otro para vos no era bueno. Tenías terror a que el Espíritu Santo entrara por tu ventana y te dejara encinta por orden del Señor. No sabías bien qué era eso de la cinta, pero luego del asunto nacía Dios con forma de hijo y no querías ser su madre.

Tu mamá te había leído un confuso pasaje en el número 3 de la colección en el que varios creyentes abordaban el caso, discutiendo si la Concepción estaba o no en la Biblia y si la Virgen efectivamente era inmaculada. *La mujer cuando conciba y dé a luz varón, será inmunda siete días*, afirmaba la publicación más adelante. ¿Se equivocó Dios?, preguntaban algunos. La pregunta te desconcertó. Y abrió una puerta, la de la duda. El puñal de la duda es el que más duele. Se clava en la cabeza y sangra.

Por si acaso, bajabas religiosamente la persiana de tu dormitorio, cualquier ruido te hacía temer. El movimiento de cualquier cosa, la agitación de los árboles eran la antesala de tu miedo. O de la llegada del Violador, con alas y recado.